COFFEE EL PERRO VELOZ

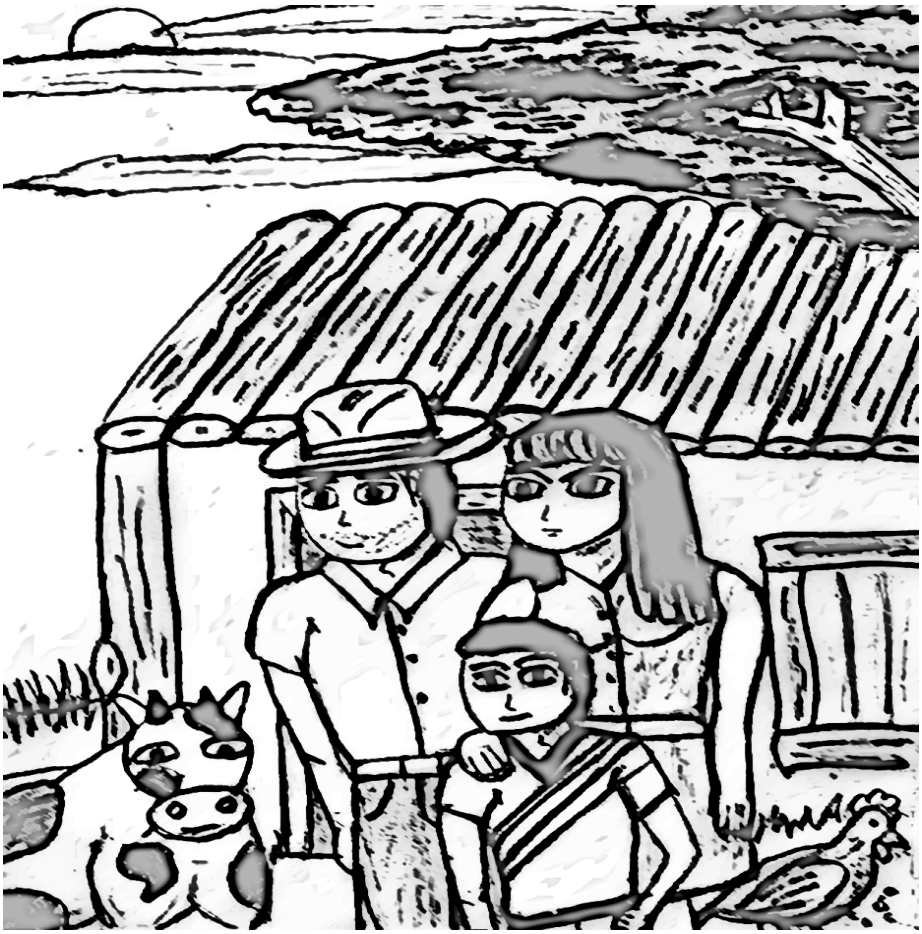
ROBERTO FERNANDEZ

EDICION : 1
ROBERTO FERNANDEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.
VERSIÓN IMPRESA ISBN: 978-958-46-9911-4
VERSIÓN DIGITAL ISBN: 978-958-46-9912-1

DEDICATORIA

Este libro lo dedico a mis hijas, Mariana y Mary Ángel ellas son mi inspiración

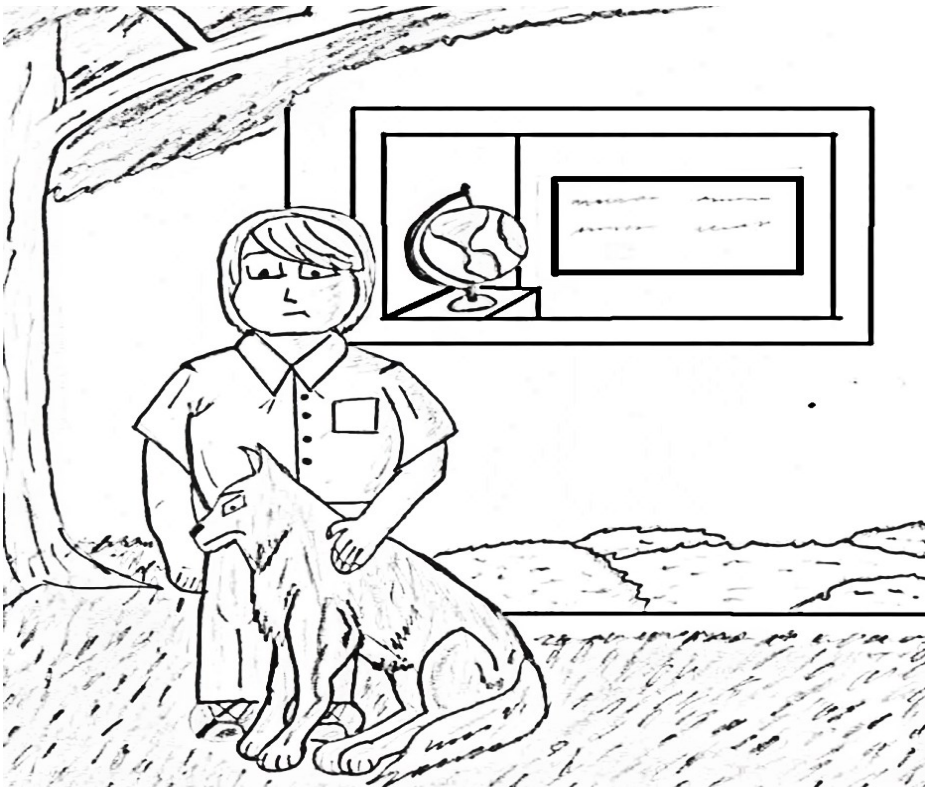
Había una vez un pequeño pueblo en lo más recóndito de la costa caribe Colombiana llamado Villa Can, era un lugar acogedor, con un clima fresco gracias la suave brisa que venia del rio cercano, con tierras fértiles en las que diversos cultivos eran trabajados por los campesinos, un pueblo en el que la mayoría de los habitantes eran personas humildes que amaban a los perros, todas la familias del pueblo tenia uno o más perros en la casa, muchos de ellos salían a pasear por las tarde con sus mascotas caninas y todos mantenían a sus canes entrenados para que hicieran sus necesidades en el parque del pueblo, en lugares específicos del parque destinados para tal fin, esta era definitivamente una comunidad organizada en función de sus mascotas caninas las cuales eran feroces guardianes de sus amos y sus viviendas a tal punto que ese pueblo era el más seguro de la región gracias a sus fieles canes.



Pero en aquel pueblo había una familia pobre que hacía mucho no tenía un perro que los ayudara a cuidar del ganado, las gallinas y el pequeño rancho en el que vivían, esa familia eran los Méndez, el padre era un hombre de mediana edad, un campesino de brazos fuertes, facciones toscas, de piel trigueña quemada por el sol, de pocos estudios apenas si sabía leer y escribir, aquel hombre se levanta temprano todos los días para cultivar maíz en los campos de uno los grades hacendados del pueblo, la madre una mujer joven, de piel clara, con una cabellera larga de un

negro intenso y grandes ojos color café, que todas las mañanas madrugaba para ordeñar a las dos vacas lecheras, también alimentaba a las ocho gallinas ponedoras que tenían en el pequeño coral de aquel rancho hecho de tablas y troncos ubicado a la afueras del pueblo, por último tenemos al hijo un chico de ocho años que como todos los niños del pueblo, asistía a la única escuela que había en la población, se parecía físicamente a su padre de piel trigueña, cabello negro tupido, obediente, además era un excelente estudiante, ese era Tomás.

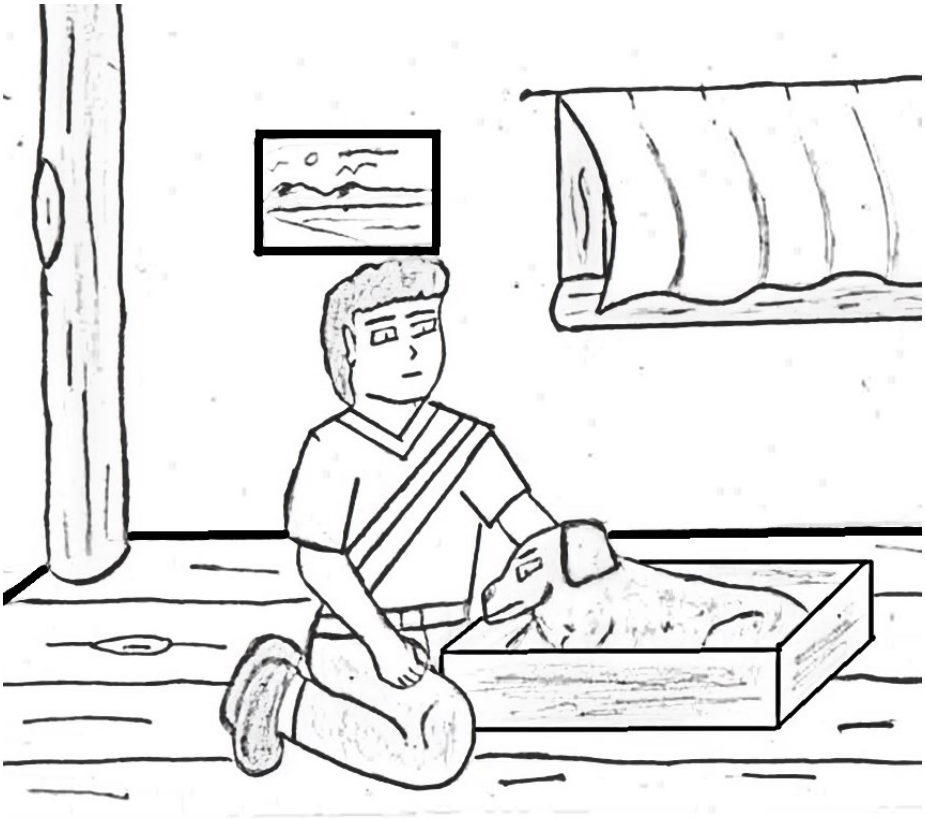
Tomás, ese era el nombre de aquel niño que veía con mirada triste como todos sus compañeros presumían de sus mascotas, de lo grande y fuerte que eran sus perros pero lo que más deprimía al chico era cuando escuchaba a sus compañeros de clase decir que todos ellos participarían en el evento más importante del pueblo la gran carrera de canes que sería dentro de seis meses, el ganador no solo se ganaba la admiración de todos los habitantes de Villa Can sino también un premio de tres millones de pesos en efectivo que daba la alcaldía del pueblo quien era la que organizaba el evento, otorgaría al ganador esa suma de dinero, el premio también incluía dos medallas una para el perro vencedor, la otra obviamente era para su dueño o entrenador, esto los identificaba como los ganadores del evento. Muchos niños del pueblo soñaban con ser los ganadores de ese certamen y Tomás no era la excepción, algunas veces pasaba horas soñando despierto en su pequeño cuarto, se imaginaba a él junto a su can en lo más alto del podio mientras todos en el pueblo los aplaudían.



Entre los niños de la escuela había uno que presumía de tener el can más veloz de todos y estaba confiado de ser él próximo ganador de la gran carrera de canes de Villa Can, — Mi perro huracán es invencible, no hay perro más veloz en todo el pueblo, no hay quien le gane —, ese era Teodosio el hijo del dueño de la finca en la que trabajaba el señor Méndez, un chiquillo regordete que destacaba por su altura ante los demás chicos de su edad, usaba las mejores ropas hechas a medida, pantalones de tela fina, camisa de mangas cortas con botones, cabello castaño bien peinado, era algo arrogante pero lo que decía era cierto hasta ese momento no había rival que le ganara a huracán, un pastor alemán robusto de pelo oscuro muy brillante en el lomo, con un color marrón en sus patas y abdomen, ya había ganado la carrera

dos años consecutivos por lo que la mayoría lo tenía como el favorito para ganar la carrera de este año.

Todas las tardes al salir de la escuela los niños se daban cita en el parque con sus mascotas para poner las a prueba, competían unos con otros. A Tomás le gustaba ir al parque para ver correr a los perros de sus amigos desde la banca del parque, lo que más anhelaba Tomás era tener su propia mascota con quien jugar, él le había pedido varias veces a su padre que le comprara uno pero en Villa Can estos animales eran un bien muy preciado, en ese pueblo no existían los perros callejeros por extraño que parezca en este poblado las perras solo tenían un cachorro por parto a nadie le sobran mascotas caninas lo cual incrementaba el costo de estos animales, con lo poco que ganaba el padre de Tomás como jornalero no podía darse esos lujos.



Un día el señor Méndez volvió a casa con una caja de cartón en las manos, — mira Tomás mira lo que te traje— el niño sale corriendo toma la caja en sus manitas al sentirla pesada la coloco en el suelo, la abrió sin pensarlo dos veces, al ver en el interior su rostro se ilumino, —¡¡¡un perro, es un perro!!!—, era un labrador de color café de orejas caídas, — el niño saltaba por toda la casa gritando, —¡¡¡ gracias papá tengo un perro!!!—, su padre lo toma en sus brazos abrazándolo fuertemente para detenerlo, —cálmate hijo ¿no te has dado cuenta? tiene una pata quebrada le tomara tiempo para que se recupere y pueda jugar contigo—, el chiquillo se calmó, volvió a mirar en la caja, solo entonces lo notó, la mirada de su nuevo amigo reflejaba tristeza y dolor, tenía la pata trasera izquierda entablillada, —lo siento